

FRAY LUIS DE GRANADA (1504 – 1588)

PRÓLOGO GALEATO

ÍNDICE

Prólogo Galeato O Breve tratado del fruto de la buena doctrina, para que con más gusto y aprovechamiento se lea este libro con los demás

INTRODUCCIÓN

I

De otros ejemplos que declaran el fruto de la buena lección

II

Llórase el olvido que en esta parte hay entre cristianos, y declárase esta necesidad con doctrina de los Santos Doctores

III

Declárase en particular la necesidad de la doctrina

IV

Respóndese a algunas objeciones

INTRODUCCIÓN

Una de las cosas más para sentir que hay hoy en la Iglesia cristiana es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religión. Porque apenas hay moro ni judío que, si le preguntáis por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razón della. Mas entre los cristianos -que, por haber recibido la doctrina del cielo, la habían de traer más impresa en lo íntimo de su corazón- hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, mas aún los hombres de edad apenas saben los primeros elementos desta celestial filosofía. Y si es verdad que de decir a hacer hay mucha distancia, ¡cuán lejos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aún no saben ni les pasa por el pensamiento lo que manda! ¿Qué pueden esperar éstos sino aquella maldición del profeta, que dice que «el niño de cien años será maldito», esto es el que, después de tener edad y juicio perfecto, todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios? ¿Qué pueden esperar, sino el fin de aquéllos de quien dice el mismo profeta: «Por tanto fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed.» Porque como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes a nuestra ánima sea el

entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj, que trae todas las otras, está parada, necesariamente han de parar todas las otras. Pues si la primera rueda deste espiritual reloj, que es el conocimiento de Dios nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demás. Por lo cual todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz.

La primera cosa que hicieron los filisteos cuando tuvieron a Sansón en su poder fue sacarle los ojos, y hecho esto no hubo dificultad en todo lo demás que quisieron, hasta hacerle moler como bestia en una atahona. Dellos mismos se escribe que ponían grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario, para cualquier cosa deste menester, ir a la tierra dellos y servirse de sus oficinas, para que, estando el pueblo desproveído y desarmado, fácilmente se apoderasen dél. Pues, ¿cuáles son las armas de la caballería cristiana, cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina? ¿Con qué otras armas peleó nuestro capitán en el desierto con el enemigo, sino repitiendo a cada tentación una palabra de la escritura divina? Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejado en lugar dellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profanos, atizadores de vicios.

Y demás de lo dicho, es gran lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la divina bondad y misericordia hemos recibido, que fue declararnos por palabra su santísima voluntad -qué es lo que le agrada y le ofende-, para que, siguiendo lo uno y huyendo de lo otro, vivamos en su amistad y gracia, y por este medio vengamos a ser participantes de su gloria. Pues cuán grande haya sido este beneficio y esta honra decláralo Moisés al pueblo, diciendo: «¿Qué gente hay tan noble, que tenga las ceremonias y juicios y las leyes de Dios que yo os pondré hoy delante de vuestros ojos? Y en el salmo 147 alaba a Dios el profeta real diciendo que había denunciado su palabra a Jacob y sus juicios a Israel, la cual merced a ninguno otro pueblo del mundo había sido concedida. Pues si ésta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho della, si no la leo, si no la platico, si no la traigo en el corazón y en las manos, si no clarifico con ella mis ignorancias, si no castigo con ella mis culpas, si no enfreno con ella mis apetitos, si no aficiono con ella mi corazón y mis deseos al cielo? Que la medicina sea efficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae, si yo no quiero usar della? Porque no está el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso dellas, para que con la participación y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es por cierto maravillosa cómo pudo caer en los hombres tan grande descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir; él mandó hacer un tabernáculo, y dentro dél mandó que se pusiese un arca dorada, hecha con grandísimo primor y artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley para mayor veneración della; él mandó a Josué que nunca apartase el libro desta ley de su boca, para leer siempre en él y enseñarlo a los otros; él mandó a quien hubiese de ser rey de Israel que tuviese a par de sí este libro, escrito de su propia mano, si quisiese reinar prósperamente y vivir largos días sobre la tierra. Sobre el cual mandamiento dice Filón, nobilísimo escritor entre los judíos,

que no se contentó Dios con que el rey tuviese este libro escrito por mano ajena, sino quiso que él mismo lo escribiese por la suya propia, para que con esto quedasen mas impresas en la memoria las sentencias dél, escribiéndolas palabra por palabra de espacio, y para que más estimase lo que él por su propia mano, siendo rey, hubiese escrito, teniendo muchos escribanos y oficiales a quien pudiera encomendar este trabajo, y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez se había escrito ella con el dedo de Dios, y después se escribía, no por la mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes. Y porque no pudiese caber olvido de cosa tan necesaria, mandó a Moisés que cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promisión, levantasen unas grandes piedras y escribiesen en ellas las palabras desta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino vieses aquellas letras y oyesen la voz de aquel mudo predicador. Y conforme a este tenor aconseja Salomón a aquel espiritual hijo que instruye en el libro de los *Proverbios*, diciendo: «Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada a tu corazón y colgada como una joya a tu cuello. Cuando anduvieres ande contigo, y cuando durmieres esté a tu cabecera, y cuando despertares platica con ella, porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida.»

Mil lugares destes se pudieran traer aquí, tomados así destes libros como de todos los otros que llaman sapienciales, en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra sino día y noche leer, oír, pensar y meditar la ley de Dios, que es aquella buena parte que escogió María, la cual, asentada a los pies de Cristo, oía con silencio su palabra. Pues, ¿qué diré de las virtudes y afectos maravillosos desta palabra? Cuando Dios quiso revocar su pueblo de sus pecados, mandó a Jeremías que escribiese todas las profecías que contra él le había revelado, y que las leyese públicamente. La cual lección dejó tan atónitos y pasmados a los oyentes, que se miraban a las caras unos a otros llenos de espanto y confusión. Pues cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto, sino enviar sacerdotes y levitas por todas las ciudades de su reino, llevando el libro de la ley de Dios consigo, y leyéndolo al pueblo y declarando la doctrina dél? Y para dar Dios a entender el fruto que desta maravillosa invención había resultado, añade luego estas palabras: «Por lo cual puso Dios un tan grande temor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat, y así creció su gloria hasta el cielo, y fueron grandes sus riquezas y señorío.» Todo esto se escribe en el capítulo 17 del 2º libro del *Paralipómenon*, el cual capítulo deseo yo que tuviesen escrito en su corazón todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el ejemplo deste santo rey. Porque si ellos hiciesen lo que éste hizo, sin duda no florecería menos ahora el imperio de los cristianos que entonces floreció este reino, pues es ahora el mismo Dios que entonces para hacer las mismas mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios.

I

De otros ejemplos que declaran el fruto de la buena lección

Mas sobre todos los ejemplos que se pueden traer para declarar el fruto de la buena doctrina, es digno de perpetua recordación el del santísimo rey Josías, el cual me pareció ingerir aquí de la manera que está escrito en los libros de los Reyes. Pues este buen rey comenzó a reinar de edad de ocho años, hallando el reino perdido por culpa de su padre Amón y de su abuelo Manasés, que fueron perversísimos hombres y derramadores de sangre de profetas. Mas a los doce años de su reinado le fue enviado, por mandado del sumo sacerdote Helquías, el libro de la ley de Dios que halló en el templo, el cual no sólo contenía lo que Dios mandaba, sino también los grandes galardones que prometía a los fieles guardadores de su ley, y los terribles y espantosos castigos y calamidades que amenazaba a los quebrantadores della. Pues como este libro se leyese en presencia del rey, fue tan grande el temor y el espanto que cayó sobre él, que rasgó sus vestiduras, y envió al sumo sacerdote susodicho, con otros hombres principales, a una santa mujer profetisa que moraba en Jerusalén, para que hiciese oración a Dios por ellos y supiese su determinación y voluntad acerca de lo contenido en aquel libro. La cual les respondió desta manera: «Esto dice el Señor: Yo enviaré sobre este lugar y sobre todos los moradores dél todas las plagas contenidas en ese libro que se leyó delante del rey, porque ellos me desampararon y sacrificaron a dioses ajenos. Y al rey que os envió a mí para que rogase a Dios por esta necesidad, diréis: Esto dice el Señor Dios de Israel: Por cuanto oíste las palabras dese libro, y se enterneció tu corazón con ellas, y te humillaste delante de mi acatamiento con el temor y reverencia que de mí concebiste, y rasgaste tus vestiduras, y derramaste lágrimas delante de mí, yo también oí tu oración, y recogerte he con tus padres, y serás sepultado pacíficamente en tu sepulcro, y no verán tus ojos las plagas y calamidades con que yo tengo de castigar este lugar con los moradores dél.» Dieron, pues, los embajadores esta respuesta al rey, el cual mandó convocar todos los hombres principales del reino, con todos los sacerdotes y levitas y con todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, y mandó leer aquel libro delante de todos. Y él, juntamente con ellos, se ofrecieron al servicio y culto de Dios, sobre lo cual el rey pidió juramento a todos. Y no contento con esto, limpió la tierra de infinitas abominaciones que en ella había, derribando todos los altares de los ídolos, y desenterrando los huesos de los sacerdotes que les sacrificaban y quemándolos sobre sus altares. Y este rey fue tan santo, que, según dice la *Escritura*, ni antes ni después dél hubo otro mayor. Pues, ¿qué más grave argumento se puede traer para declarar el fruto de la buena doctrina que éste, del cual tantos y tan admirables frutos se siguieron? Y ¿qué persona habrá tan enemiga de sí misma que, viendo tales frutos, no se ofrezca a gastar un pedazo de tiempo en leer libros de católica y sana doctrina para gozar de tan grandes bienes?

Pues con este memorable ejemplo se juntan otros muchos. Porque cuando el profeta Baruc quiso provocar a penitencia al pueblo que fuera llevado cautivo a Babilonia, deste mismo medio se aprovechó, juntando en un lugar todos los cautivos y leyéndoles un pedazo desta doctrina. La cual lección dice la escritura divina que les hizo llorar y orar y ayunar, y hacer penitencia de sus pecados, y juntar todos en común sus limosnas, y enviarlas a Jerusalén para ofrecer sacrificios en el templo por sus pecados, con las cuales también enviaron el libro que se les había leído para que también ellos le leyesen, creyendo que aquella lectura obraría en aquellos que la leyesen lo que en ellos había obrado.

Pues acabado este cautiverio después de los setenta años, ¿con qué se comenzó a fundar otra vez la ciudad, el templo y la religión, sino con esta misma lección de la ley de Dios? Y en el 2º libro de *Esdras* que en el séptimo mes así se escribe concurrió todo el pueblo de sus ciudades a Jerusalén con un ánimo y un corazón. Y ayuntados en una grande plaza, leyó Esdras siete días arreo, clara y distintamente, el libro de la ley y mandamientos de Dios, y el pueblo derramaba muchas lágrimas cuando esto se leía. Y a los veinticuatro días de aquel mes tornaron a continuar su lección cuatro veces al día, en los cuales también oraban y loaban a Dios. Y con estos dos ejercicios se movieron a penitencia y renovaron la religión, que estaba caída, y acabaron con sus corazones una de las mayores hazañas que se hicieron en el mundo, que fue despedir las mujeres extranjeras con que se habían casado, para que no quedase el pueblo de Dios mezclado con el linaje de los gentiles.

Finalmente, la palabra de Dios todas las cosas obra y puede como el mismo Dios, pues es instrumento suyo, y así con mucha razón se le atribuyen en su manera todos los efectos de la causa principal. Y así, la palabra de Dios resucita los muertos, reengendra los vivos, cura los enfermos, conserva los sanos, alumbrá los ciegos, enciende los tibios, harta los hambrientos, esfuerza los flacos y anima los desconfiados. Finalmente, ella es aquel maná celestial que tenía los sabores de todos los manjares, porque no hay gusto ni afecto que un ánimo desee tener, que no le halle en las palabras de Dios. Con ellas se consuela el triste y se enciende el indevoto, y se alegra el atribulado y se mueve a penitencia el duro, y se derrite más el que está blando. Muchos de estos efectos explicó en pocas palabras el profeta cuando dijo: «La ley del Señor es limpia y sin mácula, la cual convierte las ánimas. El testimonio del Señor es fiel y verdadero, el cual da sabiduría a los pequeñuelos. Las justicias del Señor son derechas, las cuales alegran los corazones. El mandamiento del Señor es claro y resplandeciente, y alumbrá los ojos del ánimo. El temor del Señor permanece santo en los siglos de los siglos, y los Juicios de Dios -que son los decretos de sus leyes- son verdaderos y justificados en sí mismos, los cuales son más para desear que el oro y las piedras preciosas, y más dulces que el panal y la miel.» En las cuales palabras el profeta explicó muchos efectos y virtudes de la ley y de las palabras de Dios. Y, en cabo, declaró no sólo el precio y dignidad dellas, sino también la gran suavidad que el ánimo religiosa y pura recibe con ellas. De lo cual dice en otro salmo: «¡Cuán dulces son, Señor, para el paladar de mi ánimo vuestras palabras! Más dulces son para mí que la miel.» Y no contento con estas alabanzas, declara también en el mismo salmo el amor, el estudio, la luz y sabiduría que alcanzan los que en esta divina lección se ejercitan, diciendo así: «¡Cuán enamorado estoy, Señor, de vuestra ley! Todo el día se me pasa en meditar en ella; ella me hizo más prudente que todos mis enemigos; ella me hizo más sabio que todos mis maestros, por estar yo siempre ocupado en el estudio y consideración della; ella me hizo más discreto que los viejos experimentados, por estar yo ocupado en guardalla.»

II

Llórase el olvido que en esta parte hay entre cristianos, y declárase esta necesidad con doctrina de los Santos Doctores

Pues si tan grandes y tan maravillosos efectos obra en las ánimas esta luz, ¿qué cosa más para llorar, como al principio dijimos, que ver tan desterrada esta luz del mundo, que ver tantas y tan palpables tinieblas, tanta ignorancia en los hijos, tanto descuido en los padres, y tanta rudeza y ceguedad en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo más digna de ser sabida que la ley de Dios, y qué cosa más olvidada? ¿Qué cosa más preciosa, y qué más despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligación que tenemos al amor y servicio de nuestro criador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religión para movernos a este amor? ¿Quién comprende la fealdad y malicia de un pecado, para aborrecerlo sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste a la misa y a los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién santifica las fiestas con la devoción y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas lumbres, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, fríos y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémoslo como picazas, sin gusto, sin sentimiento ni consideración alguna dellos. De manera que más se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios, que los mismos misterios.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno dellos, y no poco principal, es la lección de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas sutiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los santos Padres nos encomiendan mucho el ejercicio y estudio desta lección. San Jerónimo, escribiendo a una virgen nobilísima, por nombre Demetria, la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres, la primera cosa que le encomienda es la lección de la buena doctrina, aconsejándola que sembrase en la buena tierra de su corazón la semilla de la palabra de Dios, para que el fruto de la vida fuese conforme a ella. Y después de otros muchos documentos que allí le da, al cabo dice que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo a exhortarla a la misma lección. Ya santa Paula, porque era muy continua en derramar lágrimas de devoción, aconseja que temple este ejercicio por guardar la vista para la lección de la buena doctrina. A un amigo escribe pidiéndole ciertos libros santos, dando por razón que el verdadero pasto del ánima es pensar en la ley del Señor día y noche. San Bernardo, escribiendo a una hermana suya, la aconseja este mismo estudio, declarándole muy por menudo los frutos y afectos de la buena lección.

Y lo que más es, el apóstol San Pablo aconseja a su discípulo Timoteo, que estaba lleno de Espíritu Santo, que entretanto que él venía se ocupase en la lección de las santas escrituras, las cuales desde niño había Timoteo aprendido. Mas, sobre todos estos testimonios, es ilustrísimo y eficacísimo para rendir todos los entendimientos el de Moisés, el cual, después de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así: «Estarán estas palabras que yo ahora te propongo en tu corazón, y enseñarlas has a tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa y andando camino, y cuando te acostares y levantares de dormir. Y atarlas has como una señal en tu mano, y estarán y moverse han delante de tus ojos, y escribirlas has en los umbrales y en las puertas de tu casa.» No sé con qué otras palabras se pudiera más encarecer la consideración y estudio de la ley y mandamientos de Dios que con éstas. Y como si todo esto fuera poco, vuelve luego en el capítulo segundo

del mismo libro a repetir otra vez la misma encomienda con las mismas palabras -que es cosa que pocas veces se hace en la *Escritura* -: tan grande era el cuidado que este divino hombre, que hablaba con Dios cara a cara, quería que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios, como quien tan bien conocía la obligación que a esto tenemos, y los inestimables frutos y provechos que desto se siguen. Pues, ¿quién no ve cuánto ayudará para esta consideración tan continua nos pide la lección de los libros de buena doctrina, que, aunque por diversos medios, siempre tratan de la hermosura y excelencia de la ley de Dios, y de la obligación que tenemos a cumplirla? Porque sin la doctrina de la lección, ¿en qué se

podrá fundar y sustentar la meditación, siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí -que son lección y meditación-, pues la una presenta el manjar, y la otra lo mastica y digiere y traspasa en los senos del ánima?

Pudiera, junto con lo dicho, probar esta verdad con ejemplos de muchas personas que yo he sabido haber mudado la vida, movidos por la lección de buenos libros, y de otras que he oído, y de otras también que he leído, de las cuales algunas crecieron tanto en santidad y pureza de vida, tomando ocasión deste principio, que vinieron a ser fundadores de religiones y órdenes en que otros también se salvaron como ellos. Entendió esto muy bien Enrique VIII, rey de Inglaterra, el cual, pretendiendo traer a su error ciertos padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacía no los podía inducir a su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina, pareciéndole que, quitadas estas espirituales armas con que se defendían, fácilmente los podría rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las quería quitar quien pretendía engañar. Pues si tal es la virtud destas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas el pueblo cristiano? Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres ha sido derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues si tanta parte es la mentira, pintada con los colores de las palabras, para engañar, ¿cuánto más lo será la verdad, bien explicada y declarada con sana doctrina, para aprovechar, pues tiene mucho mayor fuerza que la falsedad? Y si los herejes son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las ánimas, ¿por qué no seremos nosotros más diligentes en usar destes y de otros semejantes medios para salvarlas?

III

Declárase en particular la necesidad de la doctrina

Y dado caso que bastaba y aun sobraba lo dicho para probar nuestro intento, pero todavía quiero pasar adelante y probar, con la necesidad de las obligaciones de la vida cristiana, la necesidad que tenemos de la doctrina della. El cual trabajo me pareció necesario por haber algunas personas graves que condenan los libros de buena doctrina, escritos en lengua vulgar para el uso de los que no aprendieron latín. Los cuales, en una materia tienen razón, mas en otra no la alcanzamos. Porque razón tienen si entienden que no se han de escribir en lengua vulgar ni cosas altas y oscuras, ni tampoco se han de referir los

errores de los herejes, aunque sea para confundirlos, ni otras cosas semejantes, ni cuestiones de teología, las cuales ni aun en los sermones populares consiente san Agustín que se traten. Pues, ¿cuánto menos se debe en esta lengua escribir lo que no conviene predicar? Con lo cual contesta el dicho del apóstol, pues no quiere que se prediquen cuestiones, sino doctrina que edifique. Asimismo libros de la sagrada escritura no conviene andar en lengua común, porque hay en ellos muchas cosas oscuras que tienen necesidad de declaración. Así que, cuanto a esto, razón tienen los que no quieren que haya estos libros. Mas querer que no haya libros en esta común lengua que nos enseñen a vivir conforme a la religión cristiana que en el santo bautismo profesamos, téngolo por tan grande inconveniente como obligar a un hombre a la vida monástica, y no querer que lea y sepa las constituciones y estatutos della, pues no menos obliga al cristiano esta primera profesión que al religioso la segunda. Y cuán culpado sería el religioso si se descuidase en aprender las leyes de su religión, tanto lo será el cristiano en no querer aprender las leyes de la suya. Mas aunque los ejemplos y autoridades de la santa escritura que aquí habemos alegado sean suficientísima prueba de lo dicho, pero todavía me pareció mostrar esto por tal medio, que las mismas cosas prueben y declaren la necesidad que dello hay.

Porque primeramente, si un hombre desea de verdad y de todo corazón ser cristiano, no por sola fe, sino por vida y costumbres conformes a esta fe, ha de saber ante todas las cosas los artículos de la fe que profesa, no sólo en la fe de los mayores, sino explícita y distintamente. De modo que no basta pronunciar las palabras del Credo como las diría un papagayo, sino ha de entender lo que pronuncia, porque no venga a formar conceptos y sentidos extraños de lo que cree, como escribe san Agustín de Alipio, su familiar amigo, el cual dice que, antes que le fuese declarado el misterio de la Encarnación, tenía para sí que nuestro salvador no había tomado de nuestra humanidad más que sólo el cuerpo, y que la persona divina que dentro dél estaba hacía el oficio del ánima. Asimismo, en el misterio de la Santísima Trinidad conviene que, cuando el cristiano oye los nombres de Padre e Hijo, sepa que no ha de entender aquí cosa corporal, pues aquella divina generación es toda espiritual, aunque natural. Y asimismo entienda que este misterio ha de ser creído y adorado, y no escudriñado, considerando en esto por una parte la majestad de aquella altísima substancia, que es inefable e incomprendible, y por otra la cortedad y bajeza de su entendimiento, el cual para entender la alteza de las cosas divinas, es, según dicen los filósofos, como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol. Esto conviene que presuponga el cristiano, para no hacer argumento de su no entender para no creer. Asimismo ha de entender que este misterio, aunque sea sobre toda razón, no por eso implica contradicción, como algunos simples e ignorantes imaginaron. Pues siendo esto así, necesario es que haya doctrina que excluya todas estas ignorancias en materias tan graves.

Demás desto, también está obligado a saber los mandamientos, así de Dios como de la Iglesia -que es la ley en que ha de vivir-, y entender que no sólo se quebrantan por sola obra, sino también por pensamiento, que es por consentimiento en la mala obra. Y aún más debe entender: que no sólo con el mal propósito de la voluntad, sino también con el deleite del mal pensamiento, aunque no quiera ejecutarlo -que es lo que los teólogos llaman delectación morosa-, se comete pecado mortal en materia de pecado mortal.

Allende desto, el buen cristiano está obligado a confesarse por lo menos una vez en el año, lo cual debería hacer otras muchas veces si quiere vivir más religiosamente. Pues para esto ha de saber examinar su conciencia, discurriendo por los mandamientos y pecados mortales, para ver en lo que ha desfallecido por obra o palabra o pensamiento, porque no sea como algunos brutos, que puestos a los pies del confesor, apenas saben decir una culpa a cabo de un año, donde han cometido tantas, si no dicen: «Padre, preguntadme vos.»

Y no basta confesar los pecados si no tenemos arrepentimiento y pesar dellos. Para lo cual es menester conocer la fealdad del pecado, y lo mucho que por él se pierde, y el estado en que deja al ánima miserable, y sobre todo, cuán ofensivo sea de la majestad de Dios, de quien tantos beneficios hemos recibido, con los cuales muchas veces le ofendemos. Porque dado caso que la contrición sea un muy especial don de Dios, pero éste suele él dar a los que de su parte se disponen y hacen lo que pueden para alcanzarlo. Y porque a esta contrición pertenece que esté con ella un muy firme propósito de no volver más a pecar, y sea señal de poco arrepentimiento si luego se repiten los pecados, conviene que se sepan los remedios y medicinas que hay para esto, cuales son evitar todas las ocasiones dellos, y el ejercicio de la oración, y la frecuencia de los sacramentos, y la lección de los buenos libros, y la templanza en el comer y beber, y la guarda de los sentidos, mayormente de la lengua, por la cual se cometen tantas culpas. Y no menos es necesaria la guarda de los ojos, por donde muchas veces entra la muerte en nuestras ánimas. Y sobre todo esto es necesario resistir apresuradamente al principio de los malos pensamientos y movimientos, con la memoria de la pasión de Cristo, etc. Porque querer vivir virtuosamente en un mundo tan malo, donde tantas ocasiones hay para pecar, y estando cercados por una parte de una carne tan mal inclinada, y por otra de tantos demonios, y de algunos hombres perversos que a veces nos hacen más cruda guerra que los demonios, sin ayudarnos de todos estos pertrechos y armas espirituales, es querer subir al cielo sin escalera. Y por falta desto vemos cuán pocos sean los hombres que vivan sin pecados mortales. Pues, ¿cuánto aprovechará para saber todas estas cosas leerlas en los libros que las enseñan?

Pues cuando el cristiano se llega a comulgar, ¿quién le declarará la alteza de aquel sacramento, la grandeza de aquel beneficio y la soberanía de la majestad que allí está encerrada, para que por aquí entienda con cuánto temor y reverencia, y con cuánta pureza de conciencia, y con cuánta humildad y encogimiento se debe aparejar para recibir en su pobre chozuela al señor de todo lo criado, para que así se haga participante de la gracia de aquel sacramento y de las riquezas y consolaciones que él trae consigo? Porque comulgar sin el aparejo debido es, como dice el apóstol, comer y beber juicio para quien así lo recibe, como parece que comulgan el día de hoy muchas personas, pues ninguna enmienda vemos en sus vidas.

Es también oficio propio del cristiano hacer oración -que es cosa grandemente encomendada en las santas escrituras-, en la cual pida a nuestro señor remedio para todas sus necesidades, así corporales como espirituales, que son innumerables. Pues para que su oración sea eficaz ha de saber las virtudes con que la ha de acompañar; las cuales, contándolas brevemente, son atención, devoción, humildad y perseverancia, y, sobre

todas, fe y confianza, según aquello del Salvador, que dice: «Cualquiera cosa que pidieréis, creed que la recibiréis, y dárseos ha.»

Con la oración quiere el apóstol que se junte el hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, que es el sacrificio de las alabanzas divinas que Dios tan encarecidamente pide en el salmo 49. Pues, ¿cómo podrá un cristiano hacer este oficio con la devoción y sentimiento que conviene, si no supiere cuántos y cuán grandes sean estos beneficios?

Demás de lo dicho, tentaciones en esta vida no pueden faltar, pues, como dice el santo Job, toda la vida es una tentación prolija. Y san Pedro dice que nuestro adversario, como león rabioso, nos cerca por todas partes buscando a quien trague. Y el apóstol san Pablo encarece la fuerza y poder grande deste enemigo, y nos provee de diversos géneros de armas espirituales para contrastarlo; el cual tiene mil artes y mil maneras para acometernos: unas veces con pensamientos de blasfemias, otras con tentaciones de la fe, otras, con iras, odios y deseos de venganza, y otras con apetitos sensuales; y otras veces más disimuladamente, dándonos a beber la ponzoña azucarada, que es representándonos el vicio con máscara de virtud. Pues si el cristiano no estuviere advertido de todos estos bajos donde suele peligrar la navecica de la inocencia, y no supiere, siquiera medianamente, los remedios destes peligros, ¿qué puede esperar, sino dar al través a cada paso y caer en el abismo de los pecados? Navegamos también en esta vida mortal con diversos vientos, unas veces con tormenta y otras con bonanza, quiero decir, unas veces con prosperidades y otras con adversidades de las cuales las unas vanamente nos ensoberbecen y levantan y hacen olvidar de Dios, mas las otras, como son de diversas maneras, así nos mueven unas veces a impaciencia, otras a desconfianza, otras a tristeza desordenada, otras a quejarnos de la divina providencia, y otras a deseos de venganza. Pues si el que procura ser buen cristiano no estuviere advertido y prevenido en tiempo de paz para los peligros de la guerra, ¿cómo podrá escapar destes dos tan ordinarios peligros? ¿Y quién le proveerá más fácilmente para esto de saludables remedios, sino la doctrina y avisos de los buenos libros?

Son también para andar esta carrera del cielo cuatro virtudes grandemente necesarias, que son amor de Dios, aborrecimiento del pecado, esperanza en la divina misericordia, y temor de su justicia, en las cuales virtudes consiste la suma de toda nuestra salvación. Y llámanse estas virtudes «afectivas», porque consisten en los movimientos y sentimientos de la voluntad. Pues como ésta sea una potencia ciega, que no se mueve a ninguno destes afectos sino representándole el entendimiento los motivos y causas que tiene para ellos, de aquí es que ha menester el buen cristiano saber lo que a cada cosa destas le puede mover, porque aunque estas virtudes infunda Dios en las ánimas de los justos, más debe el hombre ayudarse por su parte y no librarlo todo en Dios, ayudándose de muchas consideraciones que para esto le pueden mover. Y pues esta materia es muy copiosa, ¿cuanto aprovechará a un buen cristiano saber algunas consideraciones que a cada una destas virtudes lo puedan mover? Lo cual todo nos enseñan los libros de buena doctrina. Mas dirá alguno que pido mucho en tantas cosas como aquí he tocado. A lo cual respondo que a quien parece que basta ser cristiano con sola fe y sin tener cuenta con la vida, todo esto parecerá mucho; mas a quien lo quiere ser en la pureza de la conciencia, apartándose de todo género de pecado mortal, no sólo esto no parecerá mucho, mas antes

la experiencia de los peligros y tentaciones y ocasiones deste mundo le enseñarán que todo esto, y más, le es necesario, pues no es pequeño el camino que hay de la tierra al cielo. Y por eso, todas las cosas susodichas son menester para este tan grande vuelo.

IV

Respóndese a algunas objeciones

Mas alguno, por ventura, concediendo ser todo esto necesario, dirá que bastan los sermones ordinarios de la Iglesia para lo dicho, sin que haya lección de buenos libros. A lo cual primeramente respondemos que en muchos lugares hay falta de sermones, y según dice san Gregorio, así como los sermones cuando son muchos se desestiman, así cuando son muy pocos aprovechan poco. Y demás desto, los predicadores comúnmente no descenden a estas particularidades susodichas, sino, cuando mucho, tratan en común de las virtudes, y la doctrina moral es poco provechosa cuando es común y general. Y allende desto, muchos sermones hay que más son para ejercitar la paciencia de los oyentes, que para edificarlos.

Dirá otro que de leer buenos libros toman motivo algunos para desestimar los sermones, o para no oírlos. A esto se responde que la buena doctrina no es causa de despreciar la palabra de Dios, sino de estimarla. Y si algunos hacen eso, más será culpa de su soberbia que de la buena doctrina; y por la culpa de unos pocos soberbios, no es razón que sean defraudados de la buena lección los muchos. Otros dicen que algunos toman motivo de la tal lección para entregarse tanto a los ejercicios espirituales, que vienen a descuidarse de la gobernación de sus casas y familias y del servicio que deben a sus padres o maridos. A esto se responde que ninguna cosa condena más la buena doctrina que este desorden, porque siempre aconseja que se antepongan las cosas de obligación a las de devoción, y las de precepto a las de consejo, y las necesarias a las voluntarias, y las que Dios manda a las que el hombre por su devoción propone. De manera que este desorden más procede de la persona que de la doctrina.

Otros dicen que de la buena lección toman muchos ocasión para algunos errores. A esto se responde que ninguna cosa hay tan buena y tan perfecta de que no pueda usar mal la malicia humana. ¿Qué doctrina más perfecta que la de los evangelios y epístolas de san Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido, presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina. Por donde el apóstol san Pedro, haciendo mención de las epístolas de san Pablo, dice que hay en ellas algunas cosas dificultosas de entender, de que tomaron ocasión algunos malos hombres para fundar sus errores. Y añade más, que de todas las santas escrituras pretenden ayudarse los herejes, torciéndolas y falsificándolas para dar color a sus errores. Y allende desto, ¿qué cosa hay en la vida humana tan necesaria y tan provechosa, que si hiciéremos mucho caso de los inconvenientes que trae consigo, no la hayamos de desechar? No casen los padres sus hijas, pues muchas mujeres mueren de parto y otras a manos de sus maridos; no haya médicos ni medicinas, pues muchas veces ellos y ellas matan; no haya espadas ni armas, porque cada día se matan los hombres con ellas; no se navegue la mar, pues tantos

naufragios de vidas y haciendas se padecen en ella; no haya estudios de teología, pues todos los herejes, usando mal della, tomaron de ahí motivos para sus herejías.

¿Mas qué diré de las cosas de la tierra, pues aun las del cielo no carecen de inconvenientes? ¿Qué cosa más necesaria para el gobierno deste mundo que el sol? Pues, ¿cuántos hombres han enfermado y muerto con sus grandes calores? ¿Y qué digo destas cosas, pues de la bondad y misericordia y de la pasión de Cristo nuestro salvador, que son las causas principales de todo nuestro bien, toman ocasión los malos para perseverar en sus pecados ateniéndose a estas prendas? A todo esto añadido una cosa de mucha consideración. Pregunto: ¿Qué cosa más poderosa para convencer todos los entendimientos y traerlos a la fe, que la resurrección de Lázaro, de cuatro días enterrado y hediendo, al cual resucitó el Salvador con estas palabras: «Lázaro, sal fuera»? Y esto bastó para que ni las fuerzas de la muerte, ni las ataduras de pies y manos con que estaba preso, le detuviesen en el sepulcro. Pues, ¿qué corazón pudiera haber tan obstinado que con esta tan grande maravilla no quedara asombrado y rendido a la fe de aquel Señor? Mas, ¡oh increíble malicia del corazón humano! Ésta tan espantosa maravilla no sólo no bastó para convencer el corazón de los pontífices y fariseos, mas antes de aquí tomaron ocasión para condenar a muerte al obrador de tan gran milagro, Y no contentos con esto, trataban de matar a Lázaro, porque muchos por esto venían a creer en el Salvador. Pues si la malicia humana es tan grande que de aquí saco motivo para tan gran mal, ¿quién ha de hacer argumento del abuso con que los malos pervierten las cosas buenas, y las tuercen y aplican a sus dañadas voluntades, para que por eso se impida lo bueno?

Todo esto se ha dicho para que se entienda que ninguna cosa hay tan buena que carezca de inconvenientes, más ocasionados por el abuso de los hombres que por la naturaleza de las cosas. Mas no por eso es razón que, por el desorden y abuso de los pocos, pierdan los buenos y los muchos el fruto de la buena doctrina. Lo cual abiertamente nos enseñó el Salvador en la parábola de la cizaña, donde dice que, preguntando los criados al padre de la familia si arrancarían aquella mala yerba porque no hiciese daño a la sementera, respondió que la dejasen estar, porque podría ser que, arrancando la mala yerba, a vueltas della arrancasen la buena. En la cual parábola nos enseña que ha de ser tan privilegiada la condición de los buenos, que muchos inconvenientes se han de tragar a cuenta de no ser ellos agraviados.

A todo esto añadido que la doctrina sana no sólo no da motivos para errores, mas antes ella es la que más nos ayuda a la firmeza y confirmación de la fe. Para lo cual me pareció referir aquí una cosa que me contó un señor del Consejo General de la Santa Inquisición destes reinos de Portugal, la cual sirve grandemente para conocer el fruto de la buena lección y el daño de la mala. Contó, pues, este señor que vino a pedir misericordia al Santo Oficio por su propia voluntad, sin ser acusado, un hombre, el cual confesó que, dándose a leer malos libros, vino a perder de tal manera la fe, que tenía para sí que no había más que nacer y morir, Mas que después, por cierta ocasión que se ofreció, o porque la divina Providencia

lo ordenó, comenzó a leer por libros de buena doctrina, y dándose mucho a esta lección, vino a salir de aquella ceguedad en que estaba, y pidió perdón della, y lo alcanzó. Esto

quíselo escribir aquí en favor y testimonio del fruto de la buena lección. Otra cosa no menos verdadera ni menos digna de ser notada me contó don Fernando Carrillo, siendo embajador en este reino, el cual me dijo que un moro cautivo, por nombre creo que Hamete, tenía el *Libro de la oración y meditación* y leía muchas veces por él, de lo cual se reían los criados de casa, y le preguntaban: «Hamete, ¿qué lees tú ahí?» Y él respondía: «Dejar a mí». Finalmente, continuando la lección, aquel Señor que alumbró al eunuco de la reina de Etiopía leyendo por *Isaías* alumbró también a éste, y él mismo finalmente vino a pedir el santo bautismo y hacerse cristiano. Pues estos dos ejemplos, y lo demás que está dicho, claramente nos dan a entender cuánto ayuda la buena doctrina, no menos a la confirmación de la fe que a toda otra virtud.

La conclusión de todo este discurso es que las leyes y el buen juicio no miran lo particular, sino lo común y general, conviene a saber, no lo que acaece a personas particulares, sino lo que toca generalmente al común de todos, los cuales no es razón que pierdan por el abuso y desorden de los pocos. Ni tampoco mira a los particulares daños que traen las cosas, si son mayores los provechos que los daños, como se ve en la navegación de la mar, porque si son grandes los daños de los naufragios, son mucho mayores los provechos de la navegación.

Mas pido aquí perdón al cristiano lector de haber extendídome tanto en esta materia. Porque esto hice para que se viese claramente la necesidad que tenemos de buena lección, y no nos desquiciase deste juicio el parecer de algunos que sienten lo contrario. Y allende desto, poco nos podía aprovechar esto que aquí ahora determino escribir si se tuviese por inútil o dañosa la lección de la doctrina escrita en lengua común. Servirá este nuestro preámbulo como el prólogo de san Jerónimo que llaman *Galeato* -en el cual aprueba su traslación de las santas escrituras- para defensión, no sólo del libro presente, sino también de los que nos y otros autores han escrito en lengua vulgar.

FIN